

y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedía la encomendasen á Dios y á Nuestra Señora Su Madre; y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron; y á fe, que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino; pero, el miedo de ir contra el mandado del Rey, los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado Don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico, que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero, hasta ahora, no se ha sabido nada.—Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero, fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que, á lo que yo creo, atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo.—Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote.—Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino;” y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

CAPÍTULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas qué ver.

EL haberse detenido Sancho con Ricote, no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche, algo escura y cerrada; pero, como era verano, no le dió mucha pesadumbre; y así, se apartó del camino, con intencion de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte, que, buscando lugar dónde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y escurisima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque, á poco mas de tres estados, dió fondo el rucio, y él se halló encima dél, sin haber recibido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios Nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos, por las paredes de la sima, por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio; que, á la verdad, no estaba muy bien parado. “¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¡Quién dijera que, el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á

sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro! Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso; á lo menos, no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quién le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo menos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo, ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde, ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quién della se doliera, y en la hora última de nuestro pensamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos; que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados." Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: ¡tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba! Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oia: pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pié, que apenas se podia tener; y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y dijole Sancho, como si lo entendiera: "Todos los duelos, con pan son buenos." En esto, descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y, agazapándose, se entró por él, y vió que, por dentro, era espacioso y largo, y púdolo ver porque, por lo que se podia llamar techo, entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilatava y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual, volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y, cogiéndole del cabestro, comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver

si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á oscuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. "¡Válame Dios Todopoderoso! decia entre sí: esta, que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quijote. Él si que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir desta escuridad y estrechez á algun florido prado; pero yo, sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que, debajo de los piés, de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme: ¡bien vengas mal, si vienes solo!" Desta manera, y con estos pensamientos, le pareció que habria caminado poco mas de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de día, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida. Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quijote, que, alborozado y contento, esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguizado que malamente le tenian fecho. Sucedió pues, que, saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro día pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los piés tan junto á una cueva, que, á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó; y, llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura; y, estándola mirando, oyó grandes voces dentro, y, escuchando atentamente, pudo percibir y entender que, el que las daba, decia: "¡Ah de arriba! ¿hay algun cristiano que me escuche, ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida, de un desdichado desgobernado gobernador?" Parecióle á Don Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado; y, levantando la voz todo lo que pudo, dijo: "¿Quién está allá abajo? ¿quién se queja?—¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados, y por su mala andanza, de la Ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quijote de la Mancha?" Oyendo lo cual Don Quijote, se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y, llevado desta imaginacion, dijo: "Conjúrote, por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí; que, pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.—Desa manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor Don Quijote de la Mancha; y aun, en el órgano de la voz, no es otro sin duda.—Don Quijote soy, replicó Don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso, dime quién eres, que me tienes